

zonte, hacia el poniente, dos llamas juntas sobre las aguas: era la luna en su primer octante, que ocultaba sus dorados y brillantes cuernos en la mar, proyectando sobre las aguas oscuras, ancha faja luminosa.

Hallábame en un mundo nuevo, y empezaba nuevas costumbres, nuevo régimen de vida. Revelábaseme la existencia de placeres hasta entonces desconocidos, de emociones profundas, antes i.o sentidas: tristezas, asombros temores, sobresaltos, presentimientos que no se experimentan sino en la mar, donde conmueve más honda y dulcemente la ausencia de lugares queridos y seres amados. Sentía despertarse dentro de mí el instinto de que en lo sucesivo tendría más estimación de la vida, más valor en los peligros, más ánimo en las empresas, más fortaleza en los infortunios, más salud y vigor en el cuerpo, más tranquilidad y regocijo en el alma; y me repetía la exclamación de Pierre Loti:

«¡Oh, qué hermosa la vida al aire libre, la vida errante! ¡Qué lástima llegar mañana!»

—:O:—

CÁNTICO EN EL BOSQUE

CÁNTICO EN EL BOSQUE

EL último cortijillo sobre la carretera de Santiago Ixcuintla al puerto de San Blas, es La Florida. En el seno del bosque, sus cabañas amarillentas, de secas palmas, forman semicírculo á ambos lados del camino, separadas entre sí y habitadas por doce ó quince familias nómadas, que emigran á las primeras lluvias de junio, y regresan á mediados de la estación autumnal, en la época á que llaman, en aquella región costera, la entrada de potrereros.

Los moradores de La Florida pasan el día en las salinas, á gran distancia de sus viviendas, de donde se parten á la alborada, y á donde tornan al caer la tarde. Trabajan al resol y bañados en las aguas de la marisma, cavando estanques, llenándolos del salobre líquido, recogiendo el residuo de la evaporación y amontonándolo hasta que pierda la cal y magnesia que lo exponen á licuarse. Al

demediar el día, toman descanso á la sombra de los manglares; encienden fogotes para la socarra de peces ó tasajos, y calientan las tortillas amasadas por sus mujeres muy de mañana, antes de la partida. Terminada la siesta, prosiguen con su ruda faena en las represas.

Vuelven al cortijillo cargados de azadones, palas y cuévanos, y aun no llegan, cuando las sombras nocturnales invaden el bosque: se esparcen por los esteros, se cuelgan de los copudos árboles, se tienden por las laderas de los montes lejanos, y en las chozas arden ya y humean las candilejas. Reúnense con ellos las muchachas de la zafería que vuelven de bañarse y de lavar, y los chicorrotines que pasaron divertidamente la tarde en el monte golusmeando, repapilándose con el fruto ácido de los arrayanes.

Una vez crucé á caballo por aquel bosque al anochecer. Las estrellas relucientes llenaban ya de claridad el firmamento, un fresco remusgo agitaba suavemente las arboledas, salpicadas de luciérnagas, y salía de las espesuras un cantar lejano, que se dilataba hasta el repecho del monte, hasta el lecho del estero.

El croajar de la rana en los marjales; la estridulación penetrante de los grillos y cabelletas ocultos en el herbazal, y el tropel de nuestras caballerías que trotaban por la clara senda que serpea entre la obscuridad de los repajos, no me impedían oír la lejana armonía de concertadas voces, más sonoras á medida que avanzábamos.

Parábame á intervalos un instante para escuchar. Caminé más..... Ya entre los árboles interpuestos en las sinuosidades de la entrada veía brillar las llamas de candilejas, y distinguía las chozas de hojas secas, donde derramaban su amortiguada claridad. Estaba cerca de La Florida, y las varoniles voces de los que cantaban se oían más limpias y fuertes, llenaban aquellos ámbitos y subían al cielo.

Al llegar al cortijillo, me detuve ante el grupo de los salineros que, á orillas de la carretera, con entonación tierna y lúgubre cantaban el Alabado:

*“Alabemos á Jesús,
también á Santa María,
que nos han dado salud
para llegar á este día.”*

Fué su última estrofa.

Las mujeres escuchaban dentro de las cabañas, en medio de sus hijuelos semidesnudos.

Todos los días, cuando la noche ha entristecido aquella soledad, y vuelven de la marisma los salineros, y guardan los instrumentos de trabajo; cuando todo es quietud y silencio en torno de aquella tribu, salen de sus cabañas, se forman junto al camino y descubiertos cantan á una voz el Alabado.

Yo la escuché conmovido. Con su suavidad, con su melancolía, inundó mi alma de vaga y dulce tristeza, aquel cantar hondo y sentido de pobres

seres, que viven agobiados de brozno trabajo y en extrema la lacería.

—:0:—

MEXCALTITÁN